



HOJA Año II N.º 54 8 de Enero de 1928

PARROQUIAL

DE
Santa María la Real de la Corte de Oviedo

- - EN LA PARROQUIA SE REPARTIRA A TODOS - -

-: FUERA DE ELLA A LOS QUE CONTRIBUYAN CON SUS LIMOSNAS :-

¡FELIGRESES DE LA CORTE!

Os hablaba en la pasada semana del balance espiritual que cada uno debe hacer al terminar el año, para ver sus pérdidas o ganancias y discutir sobre el modo de resarcir aquéllas o mantener y aumentar éstas. La parroquia es también una persona moral; y para hacer su balance se reunió el día primero del año la Junta encargada de velar por su bien, la Junta Parroquial.

De lo que allí se trató y acaso de algo más que se me ocurra voy a daros cuenta hoy, aunque tenga que romper para eso los moldes tradicionales de la HOJA.

Lo que no se trató

Muchos puntos habría que examinar para ver en su totalidad la marcha de la parroquia. El primero acaso sería hacer un censo verdad de vecinos y de feligreses. Y digo de vecinos y de feligreses, porque no creais que estas dos palabras son completamente sinónimas. Mi parroquia, decía con mucha gracia un cura, tiene muchos *vecinos*,

pero muy pocos *feligreses*. ¿Ocurrirá esto en la parroquia de la Corte? Si hubiéramos de fijarnos en las listas del cumplimiento pascual, tal vez quedaríamos asustados de la proporción; pero... ¡Acaso cumplirán en otra parte! ¡tal vez sean buenos católicos, aunque no cumplan con los preceptos de la Iglesia! (porque ellos quizá puedan atar esas moscas por el rabo).

En fin, de todos modos, este año no era posible hacer esa estadística. Tampoco se trató del incremento de las cofradías y de la piedad, ni de otros muchos puntos que comprende la totalidad del régimen parroquial. No todo se puede hacer de una vez.

Dos obras recientes

Hace poco más de un año, me dirigí a vosotros dándoos cuenta de dos obras muy importantes para el bien espiritual de la parroquia, que me proponía emprender: la HOJA PARROQUIAL y el Catecismo de niños. Y añadía: «Vuestro párroco, aún a sabiendas de

que echa sobre sus hombros una carga que no sabe hasta qué punto podrá soportar, ya que no es su salud tan robusta como aparenta, emprende estas tareas porque ve la urgentísima necesidad, porque le duele en el alma el ver fuera del redil tantas ovejas que están encomendadas a su custodia».

Y las dos obras se establecieron y el párroco sigue remando con ellas, quizá torpemente, pero con toda su inteligencia y voluntad. Dios le va ayudando, aunque tenga muchas veces que hacer trabajar al cerebro cuando no está dispuesto a ello, a expensas, claro está, de su salud; pero decía ante los peligros San Pablo: *Ninguna de estas cosas temo y no hago la vida de mi cuerpo de más valor que la de mi alma; para dejar de acabar mi carrera cumpliendo el ministerio de evangelizar, que recibí de mi Señor Jesucristo.* (Act. xx-24). La vida que no se empleó en cumplir el fin que Dios le destinó, inútilmente se gastó en el mundo.

De estas dos obras, pues, se hizo el balance en la mencionada Junta.

Los frutos

¿Qué se ha conseguido con la HOJA, semanalmente publicada y difundida por todos los ámbitos de la parroquia? ¿Ha llegado a manos de todos? ¿La han leído aquellos a quienes llegó? ¿Han sacado provecho los que la han leído, acercándose a la Religión los que estaban distanciados y amándola más y practicándola cada vez mejor los que ya estaban dentro de ella? A esto, sólo Dios podría contestar concretamente. Los encargados de repartirla, como niños, no siempre lo hacen como se quiere. Muchos no leen lo bueno, porque hacen como aquel de que habla el Salmo xxxv-4: *No quiso*

entender, para no verse precisado a hacer el bien. Los que la leen, no siempre son terreno abonado para que la semilla prenda, crezca y llegue a dar fruto; sino, a veces, hombres de corazón duro, como camino muy trillado, en que no puede brotar, o de poca sustancia, en quienes no puede arraigar, o llenos de espinas de malas pasiones, que sofocan la planta. (Mat. XIII). Por lo demás, la semilla no hay duda que es buena; y no porque mucha se pierda se ha de dejar de sembrar, máxime cuando urge el precepto del Señor.

Igual se ha de decir respecto al Catecismo. Supone éste un trabajo impropio; más de lo que pueden imaginar los que no le tienen a su cargo. Es muy difícil poder organizarle debidamente, sobre todo en poblaciones en que los niños están acostumbrados a toda clase de espectáculos profanos y toman el Catecismo como uno de tantos, y en que van desfilando por la Iglesia como figuras de cinta cinematográfica, hoy unos y mañana otros. Por estas y otras causas no puede sacarse todo el fruto que la obra está llamada a producir; y necesitan las catequistas la paciencia de un santo Job, para no aburrirse y renunciar a un cargo que, en este mundo, apenas puede producirles otra cosa que dolores de cabeza.

Peró, ¡haya ánimo, queridos cooperadores!; que a proporción del trabajo será el premio. Y Dios no nos ha de pedir cuenta del fruto obtenido. *No es el que planta ni el que riega el que hace crecer y fructificar a la planta, sino Dios* (I Cor. III-7) Nosotros, pues, plantemos y reguemos esta buena semilla, y luego Dios se encargará de que dé el fruto que tenga destinado; pero a nosotros seguramente nos pagará como a buenos obreros.

La cooperación

En la mencionada alocución pedía también la ayuda de los buenos feligreses. Ayuda pecuniaria, para cubrir los gastos indispensables de estas obras, y ayuda personal para la enseñanza del Catecismo. ¿Cómo han cooperado a estas obras los fieles de la Corte?

En general bien. No tengo ahora a la vista la suma de los gastos; pero no andarán muy lejos de 2 000 pesetas. El balance leído acusa un *déficit* de 340'25. Lo demás ha salido de las limosnas de los fieles, casi todo de los feligreses.

Respecto a catequistas también se presentaron algunos; ya se ha dado en alguna ocasión la relación de ellos. Dios les pague obra tan caritativa y tan penosa.

¡Pero...!

¡Siempre los peros vienen a disminuir toda alabanza!

El estado económico no es, como veis, todo lo satisfactorio que debiera; falta bastante para nivelar los ingresos con los gastos. ¡Y sería tan fácil esta nivelación con solo que contribuyeran bastantes otros feligreses que podrían muy bien hacerlo! Porque se da el caso de que muchos, casi la mayoría, de los que contribuyen son pobres, que acaso quiten un pedazo de pan de la boca para darlo a esta buena obra. ¡Cristo, que estimó más que las valiosas monedas de los ricos el pequeño óbolo de la viuda, les pagará con creces esta buena obra! Y ello es prueba sin réplica de que muy bien puede cualquiera dar diez, o aunque no sean más que cinco céntimos semanales. La Junta acordó dirigirse por carta a algunos feligreses que, quizá por no haberse dado cuenta, o por parecerles que no será estimada su cooperación

por no estar en condiciones de hacerla con largueza no figuran en las listas de donantes.

Sepan ellos y todos cuanto esto leen que se agradece lo poco y lo mucho; y más aún que el metálico, que al fin ya nos iremos arreglando, se estima el interés y aprecio con que se mire a obras tan beneficiosas.

Y sepan también los que acaso tengan mas simpatía que por estas obras por el Catecismo de niñas, ya tradicional, que, en adelante, de la suscripción tendrá que salir también el sostenimiento de este Catecismo; ya que los pequeños fondos de que dispone, para que no se terminen del todo, se pondrán a interés, y se dispondrá solo de éste, que constituirá una mínima parte de los gastos anuales. Y esto prueba que los gastos en adelante tendrán que ser mayores.

Respecto a la cooperación como catequistas, tampoco estamos completamente servidos. Esa fué una de las causas de cambiar el Catecismo a los domingos por la mañana, para que así vinieran seminaristas. Más, aún con esto, caben y se admitirán cuantas personas quieran cooperar, dispuestas desde luego a tener mucha constancia, pues esta es la condición más esencialmente requerida para la buena marcha de cualquier Catecismo.

¿Y los padres?

¡Ah! los padres. Eso, como decía Cervantes, vale más no meneallo. ¿Quién va a pedir hoy a los padres que se interesen porque sus hijos asistan al Catecismo? ¿Para qué? ¡Con tal que aprendan a ganarse la vida...!

¡Pobres padres, los que así piensan y obran! Ellos sufrirán las consecuencias. Aquí en esta vida, porque hijos sin religión tienen que dar sin duda muchos disgustos a sus padres,

y bien a la vista lo tienen si quieren abrir los ojos; y más después en la eterna, en que han de llorar sin remedio el abandono de las obligaciones que contrajeron al casarse, de criar hijos para el cielo, y al bautizar a éstos, de educarles cristianamente. ¿Para qué los hacen cristianos, si no les han de enseñar a serlo? O moros o cristianos, queridos míos.

¡Y a mí! ¿qué?

No faltará alguno que, al leer la gran sermonata que precede, lance esta exclamación: ¡Y a mí! ¿qué?

Conque: ¡A tí! ¿qué? Te quedarás tan orondo al decir esto; pero créeme que me inspiras verdadera lástima. Desde luego, tu no eres *feligrés* de la Corte, aunque seas *vecino* de la parroquia. Voy a suponer que eres perfecto y por tanto no te hace falta amonestación alguna. ¿No te importa nada por el bien de tus hermanos?; no amas al prójimo; no amas a Dios; te falta por consiguiente lo esencial para cumplir los Mandamientos, que en estos dos amores se encierran. ¿Qué perfección es la tuya?

Porque has de saber que los fieles, y más aún los de la misma parroquia, son todos como miembros de un cuerpo; ¿y no deben los miembros ayudarse mutuamente? Sabe, pues, que no puedes ser indiferente al bien o al mal de tu parroquia y de cada uno de sus miembros; sino que debes ayudar, según las aptitudes o posibles que Dios te haya dado.

Ora et labora

Eso debéis hacer todos queridos feligreses. Orar por el bien de la parroquia; por los que son feligreses, para que lo sean a carta cabal; y por los que no lo son, para que Dios los

ilumine y reconozcan su ceguera. Y trabajar por el mismo fin, con todo celo y ardor y sin desmayo.

Así serán los años de vuestra vida otros tantos cofres llenos de valiosos tesoros conque compraréis las posesiones celestiales y eternas.

VUESTRO PARROCO

CATECISMO

«Conoci a un padre de familia noble y rico, que al presente es un desventurado. Educado en la escuela de Voltaire, quiso que sus hijos no recibieran ninguna enseñanza religiosa. ¡Desgraciado padre! Tuvo el dolor de ver a su primer hijo, después de dilapidar su herencia, asociarse con malhechores y volverse ladrón, asesino y después... subir al patíbulo; a su hija ser la befa de la ciudad, a causa de su precoz corrupción; y al tercero de sus hijos, transformado por los vicios en cadáver ambulante, entrar en la casa paterna y echarle, ¡pobre anciano! después de haberle cubierto con los más negros insultos. Pocos meses ha, vi a este desgraciado padre en el manicomio, donde en los momentos lúcidos culpábase a sí mismo por haber vivido sin Dios ni religión y asesinado el alma de sus hijos, prohibiendo que se les enseñase el Catecismo».

Así hablaba en la Cámara de diputados de Francia un diputado católico.

P. E.

Por falta de espacio quedan para otro número las reseñas de los actos catequísticos y el Movimiento Parroquial.